



# Las tierras desubicadas

Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial

Graciela Silvestri

( Aura (

# Las tierras desubicadas

Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial

Graciela Silvestri

*Prólogo: José Emilio Burucúa*

*Ilustraciones: Daniel García*

SILVESTRI, GRACIELA

Las tierras desubicadas : Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial /  
Graciela Silvestri ;  
prólogo de José Emilio Burucúa ; colección dirigida por Martín Prieto ;  
coordinación de Guillermo Mondejar ; ilustraciones de Daniel García  
1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2021  
416 pp. ; 21 x 14 cm - (Aura. Colección Contemporánea ; 5)

ISBN: 978-950-698-486-1

1. Ensayo. 2. Estudios Culturales. 3. Paisajismo.  
I. Burucúa, José Emilio, prólogo. II. Prieto, Martín, dir. col.  
III. Mondejar, Guillermo, coord.

CDD 306.098

*Director de colección pro tempore:* Martín Prieto

*Prólogo:* José Emilio Burucúa

*Coordinador de la edición:* Guillermo Mondejar

*Corrección:* Paola Calabretta

*Diseño:* Manuel Siri

*Ilustraciones de interior y tapa:* Daniel García

*Fotografía de la autora en solapa:* Adrián Gorelik

© EDUNER, 2021

© Graciela Silvestri

© José Emilio Burucúa

© Daniel García

© Adrián Gorelik

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos  
Andrés Pazos 406 (E3100FHJ), Paraná, Entre Ríos, Argentina  
eduner@uner.edu.ar / www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No está permitido la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

## Índice

7 PRÓLOGO

*José Emilio Burucúa*

LAS TIERRAS DESUBICADAS

*Graciela Silvestri*

19 La génesis de este libro

INTRODUCCIÓN. De la mano de Lévi-Strauss

23 *Los paisajes de Claude*

30 *La isla sudamericana*

36 *El «territorio guaraní»*

42 *El orden de los materiales*

PRIMERA PARTE. Antes de la escisión

53 Capítulo 1. El paraíso caníbal

86 Capítulo 2. La belleza de las fallas

103 Capítulo 3. Nacidos de la tierra

139 Capítulo 4. La línea serpentina

139 *Sueños*

145 *El ritual de la serpiente*

150 *Metamorfosis en la selva*

154 *«Sin-representación»*

165 *Sirenas*

173 *Animalia, o el regreso de la serpiente*

## SEGUNDA PARTE. Proyecto y destino

- 183 Capítulo 1. Ciudades y palabras  
183     *Ciudades coloniales, ciudades modernas*  
187     *La China recóndita*  
191     *Tekoha*  
196     *La estrategia jesuítica*  
205     *Paisajes con ruinas*  
213 Capítulo 2. Espacios distendidos  
213     *El juicio de Hegel*  
216     *Entre mecánica ilustrada y romanticismo:*  
       *Estados Unidos y Argentina*  
225     *Los riesgos del Futuro*  
231     *Paisajes geológicos y máquinas trasplantadas*  
245 Capítulo 3. El canal sudamericano  
261 Capítulo 4. Sudamérica proyectada

## TERCERA PARTE. Deslímites

- 297 Capítulo 1. Fronteras creativas  
297     *La épica americana*  
305     *Excursus: un paseo por los Andes. Contrapunto con el Plata*  
322     *Bordes tropicales*  
333 Capítulo 2. Fronteras musicales  
333     *La melodía del Paraná*  
341     *Orillas del tango: gauchos y cowboys, malevos y killers*  
370 Capítulo 3. Metafísica guaraní  
  
399 Índice onomástico  
  
409 Ladrillos y palabras  
  
415 Principales obras de la autora

## La génesis de este libro

En 2008 Martín Prieto, que entonces dirigía el Centro Cultural Parque de España en Rosario, me propuso organizar una expedición fluvial siguiendo las huellas de Ulrico Schmidl, el primer cronista de la región que hoy conocemos como «cuenca del Plata», por el nombre del estuario que reúne las aguas del Paraná y el Uruguay. Schmidl, integrante de la expedición de Mendoza en 1535, había navegado aguas arriba del Paraná, internándose en las selvas del Paraguay y del Chaco —alcanzando, probablemente, el Potosí—. Regresó veinte años más tarde a su patria, zarpando desde las costas del actual Brasil.<sup>a</sup> Nosotros, más modestamente, navegaríamos desde Buenos Aires hasta Asunción, después de haber reunido una variada «tripulación» compuesta por especialistas en diversas materias vinculadas con la descripción, representación y transformación del paisaje del río. Nos alentaba una confianza deliberadamente ingenua en que la experiencia de estos ámbitos fluviales iluminaría aspectos ocultos a la simple suma de representaciones expertas. Una idea romántica, sin duda, eco de aquellas desmesuradas ambiciones de reunión que habían marcado, en el siglo XIX, el último ciclo de los grandes viajes y que, lejos de haber desaparecido, parecía renovarse en cada generación. Decidimos nombrar la expedición en guaraní, la vieja «lengua general» que transcribieron los jesuitas. La llamamos *Paraná Ra'angá*, que traducimos como «la figura del Paraná». «Figura» sugería no sólo una imagen plástica, en plena transformación, sino también formas de interpretación o transcripción de escenas y acontecimientos que preservaban el carácter

a. Ver Ulrico (Utz) Schmidl, *Derrotero y viaje a España y Las Indias*, colección El País del Sauce, EDUNER, Paraná, 2016 [1567].

singular de lo vivido.<sup>a</sup> Su ambigüedad y riqueza se acentuaba en la lengua regional: *Paraná Ra'angá* podía significar también «forma, alma, sombra o disfraz» del río. Alma y sombra, ser y parecer, sustancia e ilusión, míticas permanencias y drásticos cambios: el núcleo de las reflexiones de expertos, artistas y filósofos de la modernidad occidental también podía decirse en guaraní.

La ambigüedad del nombre elegido iba en la misma dirección indicada por la noción de «paisaje», que nombra al mismo tiempo un fragmento de espacio y su representación; las condiciones ecológicas y morfológicas de un sitio y antiguos órdenes cosmológicos; analogías estructurales y orientaciones técnico-estéticas. Georg Simmel subrayó la contradicción que supone «delimitar» un trozo de «naturaleza» («la conexión sin fin de las cosas, el ininterrumpido producir y negar formas, la unidad fluyente del acontecer que se expresa en la existencia temporal y espacial»), notando, sin embargo, que esta delimitación es lo que permite al hombre moderno atisbar en el horizonte aquel «extenderse infinitamente más lejano», escuchar como un eco el susurro de la vida.<sup>b</sup> La paradoja siempre estuvo presente en las dos definiciones de paisaje, la geográfica y la estética, que se evocan y entrelazan. También en nuestro lento viaje por el río: el extrañamiento y la empatía, la representación distanciada y la experiencia, la sospecha y la nostalgia construirían, en diálogo, nuevos paisajes del Paraná.

El viaje se realizó en 2010, y de la empresa derivaron multitud de trabajos, proyectos y amistades; para mí resultó el inicio de una ambiciosa investigación sobre la región que renombramos como «territorio guaraní». Cuatro años más tarde, gracias al apoyo de Jorge Silvetti, profesor de la Graduate School of Design, Harvard University, y la concurrencia de algunos compañeros de aquel viaje inicial, planeamos nuevos trabajos en lo que considerábamos el corazón

a. La interpretación del concepto de figura está tomada de la versión arcaica que da Erich Auerbach en *Figura*, Trotta, Madrid, 1998.

b. Georg Simmel, «Filosofía del paisaje», en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, 1986, pp. 175-186.

de esta extensa área, el territorio que había sido ocupado por las misiones jesuíticas del Paraguay. Fue en 2015 cuando Javier Maderuelo —a quien conocí gracias a dos de mis compañeros del viaje paranaense, los ingenieros Santiago González Alonso y Miguel Aguiló— me sugirió la posibilidad de escribir un libro acerca de los paisajes latinoamericanos o, más precisamente, un libro en que el tema del paisaje fuera percibido desde una perspectiva latinoamericana.

Pero «Latinoamérica» encierra mundos tan contrastantes e inabordables como «África» o «Asia»: decidí centrarme en las tierras bajas de Sudamérica. Sabía que por la geografía, la lengua y la historia, las relaciones con la enorme y múltiple América ibérica se establecerían naturalmente, aunque el acento seguiría denotando este Sur. Gracias a un activo diálogo virtual y transoceánico con Javier, sumado al diálogo habitual con mi compañero de siempre, Adrián Gorelik, fui definiendo los temas y las preguntas que condujeron a este libro. El primer borrador fue esbozado entre Berlín y Erfurt, gracias a la amable invitación de Jörg Dünne y a la diligencia de las bibliotecarias del Wissenschaftskolleg; el texto terminó de pulirse a las orillas del río Solís, en Uruguay, en el verano de 2018. De un Grünewald helado, de la ciudad del Muro y de la pequeña villa en que estudió Lutero, a las suaves cuchillas, las arenas blancas, el cielo azul del paisaje rioplatense: de estos contrastes está hecha nuestra imaginación sudamericana.

Dos años pasaron desde que terminé el escrito; y el último año, 2020, nos sumergió en una experiencia inimaginable en 2018. Decidí no agregar ninguna referencia a esta situación: el lector podrá trazar sus propias conclusiones.

G. S.

## *Fragmento de la introducción*

### *El orden de los materiales*

Los paisajes de América revelan sus sentidos en la ruta de ilustres viajeros —viajes míticos, como los de Ulises o Eneas; viajes de conquista, colonización y emigración; viajes literarios—. La primera parte de este libro, *Antes de la escisión*, que alude en su título a la versión del jardín original adoptada por Lévi-Strauss, trabaja sobre una América que constituyó el horizonte de Europa durante siglos —un horizonte de riquezas, de promesas, o de recreadas leyendas; un horizonte de expansión de conocimientos; un horizonte en el que el mundo podría recomenzar—. Enfocando la larga duración, se expande por toda la América Ibérica: tiempos largos corresponden a espacios amplios. El primer capítulo trata sobre las visiones paradisíacas que atraviesan las interpretaciones de América, un Paraíso que conlleva su opuesto, el Infierno —y porque conlleva el Infierno, abre la posibilidad de desafiar este núcleo duro de la simbología occidental.

El segundo capítulo revisa las maneras en que Humboldt, considerado un héroe por los patriotas americanos, replanteó América en una versión al mismo tiempo científica —es el reconocido «padre» de la ecología— y estética. Repasar el mundo de guerras y revoluciones en que Humboldt hubo de implicarse nos obliga a reflexionar acerca de cómo las naciones criollas inventaron su genealogía para imaginar su futuro; cómo se piensa la patria cuando se combate a los padres; cómo se piensa la nación cuando se exterminan las resistencias indígenas, la de aquellos que los patriotas habían declamado amparar. Es recién desde fines del siglo XIX cuando los países comienzan a ensayar una forma «espacial» de narrar su historia para la educación ciudadana; ella se puso en escena en los museos de ciencias naturales, cuya amplia temática abarcaba desde los «orígenes» del mundo a los orígenes del hombre americano, cubriendo todos los reinos de la

naturaleza y las acciones humanas: reunían geología, biología y antropología en disposiciones que implicaban destrezas arquitectónicas, paisajísticas y escénicas. De esto trata el tercer capítulo.

El último capítulo de esta parte, *La línea serpentina*, pone en foco el tema de la representación. Se liga con el animal que indujo a Eva a «abrir los ojos» comiendo el fruto del más hermoso árbol del Edén. Pero, al menos desde el manierismo, la línea que evoca a la serpiente emula la riqueza natural, mientras se va perdiendo el paralelo condenatorio con el astuto animal. Me pregunté cuáles eran las razones por las cuales esta línea se interpretaba como «natural» o adecuada a los paisajes naturales, cuando es indiscutible que, si aplicamos los actuales parámetros ambientalistas, resulta menos intrusiva y mucho más eficaz una estructura ortogonal. El valor simbólico de la línea serpentina puede obedecer a la consecuente inversión modernista de los valores —la idea de la naturaleza como fuente de enseñanza, de verdad y de virtud.

Entre los nativos de la América precolombina, no es de esperarse que la serpiente, de innegable importancia en su imaginario, condensara los negativos valores bíblicos, y resultaría sospechoso constituir la en símbolo de una naturaleza que estaba lejos de ser considerada según nuestros parámetros modernos. En cuanto a su representación —no necesariamente «serpentina»—, cabe recordar que muchos pueblos de las tierras bajas sudamericanas «carecían» de representación escrita o icónica. Con «representación» podemos aludir a las leyes generales de la percepción, tratadas por la psicología y la neurología, determinadas por las convenciones sociales y culturales; pero aquí subrayo su significado restringido: la fijación de lo percibido, mediante procedimientos gráficos o plásticos, en un soporte independiente. Con mediaciones apropiadas, también podemos incluir en esta acepción la representación literaria, la representación teatral y, en fin, la representación política. En todo caso, en la vía de Occidente, representar es «sustituir al ausente, darle presencia y confirmar su ausencia», lo que ha abierto múltiples cuestiones en el mundo estético-filosófico (¿Puede algo ser representado sin perder al mismo tiempo lo que gana, una presencia efectiva, ya que para hacerse

conocer debe ausentarse de lo que representa? ¿Qué papel tiene, en esta concepción, el privilegio del dispositivo óptico que envuelve el espacio y lo proyecta sobre un escenario, un cuadro, un plano, creando un espacio de ilusión, imponiendo una distancia? ¿Es posible ir «a las cosas mismas» sin mediación representativa?).<sup>a</sup> La ausencia de mimesis gráfica y de escritura en las culturas amerindias indicaría formas radicalmente distintas de interpretar el espacio; veremos cómo los caminos serpentinados pueden darnos algunos indicios.

La segunda parte del libro, *Proyecto y destino*, está dedicada al afán constructivo del mundo colonial y criollo, que halló en estos amplios espacios, en las abigarradas selvas y en las solitarias pampas, un obstáculo para la civilización. El título es tomado del conocido libro de Giulio Carlo Argan, quien en 1965 discutió con las incipientes críticas al plan moderno, retomando el tema de nuestra época, la oposición entre naturaleza y cultura.<sup>b</sup> Para Argan, el *proyecto* implicaba tomar en nuestras manos la transformación del mundo, reuniendo la forma y la vida; el *destino*, abandonarse al eterno retorno natural. El tema que abordó continúa siendo central: ¿nos someteremos al ciclo de la naturaleza, nos opondremos a él trazando planes y sofisticando técnicas, o acaso se abren opciones que no alcanzamos a vislumbrar?

Debemos erradicar la idea de que con la palabra «técnica» aludimos sólo al trabajo práctico de los hijos de Prometeo, héroes en las naciones americanas del siglo XIX, los ingenieros. La técnica es connatural al ser humano, forma parte de la *vita activa*. Hannah Arendt diferenció la actividad que llamó *labor*, que produce bienes de necesidad básica e inevitable consumo y extinción, de la esfera del *trabajo (work)*, que «fabrica la pura variedad inacabable de cosas cuya suma total constituye el artificio humano», otorgándole al mundo, en su relativa permanencia, la «estabilidad y solidez sin la cual no se podría confiar en él para albergar esa criatura inestable y mortal

a. Cf. Corinne Enaudeau, *La paradoja de la representación*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

b. Giulio Carlo Argan, *Proyecto y destino*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969.

que es el hombre».<sup>a</sup> Colocaba en esta esfera a los más mundanos de todos los artificios: las obras de arte y de literatura; no es pues extraño que situemos el trabajo de construcción del paisaje en ella, con sus implicaciones a la vez técnicas y simbólicas. Por cierto, existe una larga brecha entre aquella *techné* griega, en que se articulaban creación y producción con las posibilidades variadas de la tierra, y el mundo científico-técnico actual, en que el control pretende ser absoluto, extinguiendo esta multiplicidad. Pero me interesa subrayar que aun aquello que consideramos más espiritual, la palabra, pertenece al mismo ámbito que la actividad de un ingeniero de caminos.

Fue la palabra escrita la técnica que permitió dominar los vastos territorios sudamericanos. Se otorgaba un nuevo nombre a un lugar, aunque tuviera otro; se establecía, bajo la mirada atenta y la rúbrica del letrado, que ese lugar, que esos territorios, pertenecían a la Corona; la multiplicidad de lenguas fue sometida a un idioma común, el castellano. Durante el siglo XVII se pulieron las leyes de Indias, que descansan en la descripción escrita de cómo debe ser la ciudad ideal. Para Todorov, el asombroso éxito de la conquista de Cortés no se debe a las poco eficaces armas de fuego, ni al comportamiento ambiguo de Moctezuma apresado en los conflictos entre los diversos pueblos nativos. Las palabras de Cortés y sus compañeros implicaban una comunicación entre los hombres, mientras que las de los mexicas implicaban una comunicación «entre hombres y mundo». Es así que las palabras de Cortés pueden mentir: Cortés triunfa con la astucia de Ulises, a quien Dante había arrojado al Infierno. En suma, la segunda parte de este libro se orienta hacia las inéditas formas en que las naciones criollas construyeron su espacio real.

La última parte, *Deslímites*, aborda el tema que se abre en la década del sesenta del siglo XX: son los límites (ideales y materiales, identificados con la línea) los que alteran la concepción de frontera, más cercana en su porosidad y ambigüedad a la imagen nativa del espacio. Se comprende por qué la influyente e innovadora versión presentada

a. Hannah Arendt, «Labor, trabajo, acción», en *Hannah Arendt, de la Historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 95.

por Frederick Jackson Turner en 1893 se coloca como clave en la historia norteamericana y es retomada en Sudamérica. La figura del paisaje turneriano es la del *pioneer*, quien gracias al contacto con la «naturaleza virgen» y los nativos que la habitan desarrolla nuevas técnicas de trabajo, nuevos valores, nuevos patrones de sensibilidad para volver, cargado de energías, a la civilización. Esta productiva hipótesis acerca del espíritu norteamericano forjado en la conquista de las sucesivas fronteras —retomada cuarenta años después por Herbert Bolton— ha dejado profundas huellas, especialmente por su dimensión continental y su enfoque de tiempos largos:

Who has written the history of the introduction of European plants and animals into the Western Hemisphere as a whole, or of the spread of cattle and horse raising from Patagonia to Labrador? [...] Who has tried to state the significance of the frontier in terms of the Americas?<sup>a</sup>

Sin embargo, muchos sudamericanos notaron desde temprano la dificultad de adoptar sin más las versiones turnerianas, ya fuera por diferencias ambientales (las impenetrables selvas del sur contrastando con las amplias praderas y desiertos) o históricas (los distintos estilos de conquista). Resultaba especialmente inadecuada la articulación de primitivismo y civilización aplicada a aquellos ámbitos que, como los mesoamericanos y andinos, habían desarrollado culturas sofisticadas. Es así que fueron intelectuales andinos quienes primero estimaron a la vez que criticaron estas hipótesis, ligando muchas veces la crítica a perspectivas políticas que se probarán de larga duración: me refiero a un extendido antiimperialismo que, valorando

a. Herbert E. Bolton, «Annual address of the president of the American Historical Association, delivered at Toronto, December 28, 1932», en *American Historical Review*, vol. 38, n.º 3, abril de 1933, pp. 448-474. [«¿Quién escribió la historia de la introducción de plantas y animales europeos en el hemisferio occidental en su conjunto? ¿O la de la expansión de la ganadería y la cría de caballos desde la Patagonia al Labrador? [...] ¿Quién intentó establecer el significado de la frontera en relación con todo el continente americano?»]

la herencia indígena ancestral, consolidó a Estados Unidos como el principal oponente.

Tal articulación se vigorizó en los sesenta, amparándose en la experiencia cubana. El Che Guevara, en su intento de expandir la revolución por Sudamérica, establece el foco guerrillero en las orillas del río amazónico Ñancahuasú, en Bolivia, desestimando la escena de las modernas y también efervescentes ciudades de las costas atlánticas. El fondo ancestral del Tawantinsuyo, indestructible e inmutable como las piedras de las montañas, conduciría a los campesinos al apoyo de una inusual revolución. Muchos jóvenes continúan hoy replicando este viaje iniciático, e incluso la industria del turismo saca provecho de este pasado construido en el siglo xx, donde Túpac Amaru comparte el panteón con el Che. Creí oportuno —ya que este relato reúne el mundo sudamericano, incluidas las tierras bajas y el litoral atlántico— interrumpir el hilo geohistórico que se concentraba en el territorio guaraní para dar lugar a un breve paseo por los Andes.

Otras inflexiones de las ideas turnerianas fueron imaginadas en el Brasil. Nos detendremos en Sérgio Buarque de Holanda, autor de *Monções. Capítulos de expansão paulista* (1945), *Caminhos e fronteiras* (1957), *O Extremo Oeste* (1986), libros que desde el título proponen el protagonismo del espacio en la historia local. Ya en *Raízes do Brasil* (1936), Buarque expandía la versión de espacios fronterizos porosos y móviles a la entera península ibérica, amparado en una vieja tradición de lectura que ligaba a los conquistadores portugueses y españoles con el mundo árabe-africano.

Las «fronteras» comprendidas como líneas abstractas, límites claros entre mundos distintos, imposibles de saltar como no fuera guerreando —que aseguraban la autonomía de las inventadas naciones—, fueron puestas en duda a lo largo de todo el siglo xx. Pero es desde fines de los sesenta cuando el tema se aborda de manera más amplia, discutiendo las fronteras no sólo en el marco geopolítico: el debate se coloca en relación con una generalizada voluntad de disolución de jerarquías y órdenes —de la vieja diferencia entre razas, la estable diferencia entre géneros, el límite entre humanidad y animalidad—. También se desmorona el privilegio ocular: en los

trabajos sobre el paisaje se deconstruye la imagen visiva que impone distancia y sugiere permanencia. La música, tramada con el tiempo, va adquiriendo un papel antes soslayado en la percepción espacial. A fines de la década del setenta comienza a hablarse regularmente de *soundscape*s, subrayando el protagonismo del oído afinado en la percepción de la acústica ambiental. La íntima relación de músicas, canto, danza y palabras permite vincular la aérea cualidad del sonido con las formas corporales de «hacer lugar». En fin, la última parte de este texto cruza los paisajes de estas móviles orillas con un universo que excede la percepción ocular y la palabra escrita, y en este tránsito recurre al escritor «universal» del Plata: Borges. Porque como dice una conocida crítica argentina, «las orillas» borgeanas son el espacio imaginario «que se contrapone como espejo infiel a la ciudad moderna despojada de cualidades estéticas y metafísicas».<sup>a</sup>

a. Beatriz Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p. 19.